

La carta colectiva de
los obispos facciosos

RÉPLICA, por

José Manuel Gallegos Rocafull

**Canónigo de la Catedral de
Córdoba.**



EDICIONES ESPAÑOLAS
MADRID — VALENCIA — 1937

La carta colectiva de los Obispos españoles

AL AÑO DE GUERRA

Los Obispos españoles han dirigido a sus hermanos los Obispos del mundo entero una carta colectiva y pública sobre la guerra de España. El momento es propicio: al año de guerra, cuando ya han visto por sus propios ojos los daños irreparables que la rebelión militar ha causado y han tenido tiempo de superar con la oración y el recogimiento los ardores y los extravíos de la pasión política y partidista.

Ellos, los más auténticos representantes de la divina religión de Cristo crucificado, han pasado por el trance amarguísimo de ver a sus hijos convertidos en enemigos irreconciliables, buscándose con las armas en las manos para matarse. Habrán visitado hospitales, socorrido a heridos, asistido a moribundos, visitado las ruinas de los pueblos, consolado a las viudas y huérfanos, y todos esos dolores se habrán unido

en sus corazones al inmenso dolor de ver a Cristo incomprendido, perseguido, blasfemado, y a su religión de paz y caridad, convertida en una nueva y mortífera arma de destrucción y de guerra.

Ante esta tristísima realidad, ¿cuál es la reacción de los Obispos españoles? ¿Condenan la guerra, reprueban la violencia, abogan por la paz? ¿Qué dicen en nombre de Cristo a los combatientes? ¿Cuál es el testimonio que dan al mundo entero? Su palabra va a ser ciega-mente creída por millones de hombres. Su influencia es tan grande en el interior de España, que tal vez de ellos dependa que la matanza cese y la guerra se acabe o pierda gran parte de su crueldad innecesaria. ¡Terrible responsabilidad la de los Obispos españoles! Una apelación al mundo entero en favor de la justicia, de la libertad y de la paz, un llamamiento a la concordia de los que luchan, y tal vez la paz— una paz firme, porque vendría del interior— volvería a renacer en España. ¿Qué dicen los Obispos españoles?

Los Obispos españoles en esta ocasión, la más alta en que pudieran encontrarse, se ven obligados a defenderse de los reproches que les han dirigido los católicos más autorizados del mundo entero, tienen que rectificar muchas de sus afirmaciones anteriores, dejan entrever sus temores por un porvenir que les parece incierto, aluden tímidamente a la auténtica doctrina cristiana y, en vez de deducir las consecuencias lógicas de todo ello, terminan declarándose par-

tidarios acérrimos del rebelde Franco haciendo la propaganda de su causa, decidida y abiertamente.

¿Coacción de la autoridad militar? ¿Miedo? ¿Conveniencia? ¿Pasión partidista? ¿Convicción fanática? No hay por qué juzgar los móviles, pero ya es sobradamente penoso que cuando los Obispos españoles comparecen ante el mundo entero lo hagan como acusados y tengan que defender su propio prestigio en lugar de proclamar la pura y sencilla verdad de Cristo.

LAS ACUSACIONES CONTRA LOS OBISPOS ESPAÑOLES

Basta tan sólo con reproducir las que ellos mismos conocen y de las que pretenden justificarse. A estas alturas, la realidad española es lo suficientemente conocida para que todo el mundo sepa hasta qué punto son o no justificadas.

1) La primera a que aluden es la que les hace *"un político muy destacado en una revista católica extranjera que la achaca (la posición de la Iglesia española ante la lucha) poco menos que a la ofuscación mental de los Arzobispos españoles, a los que califica de ancianos que deben cuanto son al régimen monárquico y que han arrastrado por razones de disciplina y de obediencia a los demás Obispos en un sentido favorable al movimiento nacional"*. Los Obispos españoles desprecian la acusación y no tra-

tan de justificarse. Realmente les hubiera resultado difícil negar que son ancianos o que fueron promovidos a sus dignidades, casi todos ellos, en tiempos de la monarquía. Pero no hubiera estado de más la afirmación expresa de que todos habían colaborado a la redacción del documento y habían tenido plena libertad para suscribirlo. ¿Es que se atreverá a negar el Cardenal Gomá que la carta ha sido redactada bajo su inspiración personal y después ha sido comunicada a todos los Obispos, que tenían que dar por escrito su aprobación o sus reparos? ¿Y es posible en un régimen de terror como el que impera en la zona de Franco oponerse *por escrito* a un servicio nacional tan importante como el que supone la carta de los Obispos? ¿Por qué no la suscriben el Cardenal de Tarragona y el Obispo de Vitoria? ¿Cuántos otros se hubieran igualmente negado a firmarla sin la presión del Cardenal Primado y la coacción táctica de los militares?

2) "Otros — continúan los Obispos — *nos acusan de temerarios al exponer a las contingencias de un régimen absorbente y tiránico el orden espiritual de la Iglesia, cuya libertad tenemos obligación de defender*". Esta vez la acusación les ha hecho mella, porque más adelante vuelven sobre ella y dicen: "*La Iglesia de España — leemos en una revista extranjera — ante el dilema de la persecución por el Gobierno de Madrid o la servidumbre a quienes representan tendencias políticas que nada tienen de cristiano, ha optado por la servidumbre*".

Niegan ellos la servidumbre, pero ¿no es una clara prueba de que existe esta misma carta en la que la Iglesia se supedita por completo a la causa "nacionalista"? Además, ¿no les enseña nada la Encíclica que el Papa ha publicado contra el nazismo? ¿Por qué no la han divulgado en España? ¿Es que no saben los Obispos españoles la persecución que en la actualidad sufren los católicos en Alemania? ¿Se podría publicar en la zona rebelde el discurso del Dr. Goebbels contra la Iglesia católica?

Los Obispos españoles no le temen a la servidumbre, porque desgraciadamente hace mucho tiempo que viven en ella. Durante todo el tiempo de la monarquía fueron los aliados incondicionales de un Estado corruptor que, a cambio de un presupuesto de culto y clero, les exigía sumisión y silencio. Fué en esos años cuando se apartaron del pueblo y trataron de suplir con el favor oficial la falta de una fe profunda y sincera en los que seguían rutinariamente llamándose católicos. Dejaron que se mixtificara la religión y que se convirtiera en rutina, burocracia, política y granjería.

3) "*Se ha acusado a la Iglesia de haberse defendido contra un movimiento popular, haciéndose fuerte en sus templos y siguiéndose de aquí la matanza de sacerdotes y la ruina de los templos*". La acusación es muy grave porque si realmente fuera cierta, ni los sacerdotes muertos serían mártires ni el incendio de las igle-

sias sería una prueba de odio religioso, sino que tanto lo uno como lo otro serían la defensa lógica del pueblo contra sus agresores.

¿Cómo se defienden los Obispos? Simplemente con afirmaciones generales que nada prueban. Les emplazaríamos a que dijeran si son o no verdad los siguientes hechos: 1.º) Los primeros días de la rebelión fueron absolutamente respetados los sacerdotes y los templos; 2.º) Se disparó contra el pueblo desde diversos templos y conventos de distintas ciudades; 3.º) Se encontraron armas y se encontraron barricadas en el interior de los templos y conventos; 4.º) Las religiosas, aun después de los incendios y matanzas, fueron casi unánimemente respetadas. En cambio, es verdad que después la reacción fué exagerada y murieron con los culpables muchos inocentes.

4) *"Se le imputa a la Iglesia la nota de temeridad y partidismo al mezclarse en la contienda que tiene dividida a la nación"*. Contestan los Obispos que "la Iglesia se ha puesto siempre del lado de la justicia y de la paz y ha colaborado con los poderes del Estado, en cualquier situación, al bien común". ¿Cómo pueden afirmarlo seriamente los Obispos españoles? Si quieren la paz, ¿por qué hacen la guerra? Si están al lado de la justicia, ¿por qué ayudan a los opresores del pueblo? Si colaboran con los poderes del Estado, ¿por qué están con los rebeldes frente al Gobierno legítimo? Si no quieren mezclarse en la contienda, ¿por qué han declarado que la guerra es santa, que es una cru-

zada, que la sostiene el sentimiento religioso? Y ¿por qué escriben esta desdichada carta?

5) *"Se dice que esta guerra es de clases y que la Iglesia se ha puesto del lado de los ricos"*. La realidad es tan patente que los Obispos no se atreven a negarla. Desgraciadamente, están con los ricos, con los malos ricos, que el Evangelio anatematiza. Para tranquilizar su conciencia los Obispos recurren a un expediente lamentable: niegan simplemente que las clases obreras tuvieran derecho a reclamar nada. Había, sin duda "algún descuido en el cumplimiento de los deberes de justicia y caridad", pero, en cambio, teníamos "prósperas instituciones de beneficencia y asistencia pública y privada".

Aquí está reflejado con toda claridad uno de los perfiles más agudos de la auténtica terrible tragedia de la Iglesia española. Porque en esas palabras que los Obispos escriben sin percatarse de su importancia, como expresión de su convicción más profunda, ponen claramente de manifiesto su incompreensión y su desvío de las clases populares. No creen que el pueblo tenga que pedir nada, porque no conocen el cinturón de miseria que rodea a los grandes centros urbanos, porque no sospechan siquiera las necesidades de los campesinos españoles, porque no han sentido el agobio de los días de paro en los hogares obreros, porque ignoran las cifras horrorosas que la tuberculosis alcanza en la juventud obrera, porque encuentran naturales las humillaciones, los malos tratos, los

sufrimientos que muchos malos patronos hacen a sus obreros; porque no les importa que las madres tengan que ser arrancadas de sus hogares y suplir con su trabajo la insuficiencia del jornal de su marido, porque no les conmueve el hecho terrible de que la prostitución, la mendicidad y el alcoholismo sean los recursos naturales con que tratan de defenderse millares de hermanos suyos; porque no les duele la ignorancia espantosa que hasta ahora ha habido en grandes capas de la población obrera, porque para ellos está bien que una exigua minoría de privilegiados derrochen necia y viciosamente lo que otros necesitan para vivir más humanamente. ¡Dolorosa confesión la de los Obispos españoles! Los obreros tienen asilos y hospitales, ¿por qué piden más?

6) *"La guerra de España—dicen—no es más que un episodio de la lucha universal entre la democracia y el estatismo; el triunfo del movimiento nacional llevará a la nación a la esclavitud del Estado"*. Los Obispos se abstienen prudentemente de manifestarse sobre este punto y se escapan por la tangente del peligro comunista. Sin embargo, puesto que se les acusa concretamente, parece que era la ocasión oportuna de dar su opinión sobre esos famosos 18 puntos del programa de Falange Española, que han sido dogmáticamente declarados doctrina nacional. ¿Es que no encuentran en ellos nada peligroso? ¿Es que no les asusta, además de lo que dicen, la influencia nazi que transparentan? ¿Es que no temen que en un régimen totalita-

rio, con las demás libertades no perezca también la religiosa? ¿Es que ahora mismo no han perdido ya gran parte de su libertad? ¿Cómo es que no protestan contra las injusticias, los atropellos, los abusos que ellos mismos reconocen que se han cometido en la España blanca?

7) *"Se imputan a los dirigentes del movimiento nacional crímenes semejantes a los cometidos por los del Frente Popular. El ejército blanco—leemos en una acreditada revista católica extranjera—recurre a medios injustificables, contra los que debemos protestar... El conjunto de informaciones que tenemos indica que el terror blanco reina en la España nacionalista con todo el horror que presentan casi todos los terrores revolucionarios... Los resultados obtenidos parecen despreciables al lado del desarrollo de crueldad metódicamente organizada de que hacen prueba las tropas"*.

En su contestación los Obispos se limitan a afirmar sin pruebas, que el articulista está pésimamente informado, pero tienen que reconocer que "tiene toda guerra sus excesos y los habrá tenido sin duda el movimiento nacional". Pero, por lo visto, ellos no se han enterado y suponen piadosamente que se habrán cometido "por error o por gente subalterna", y se apresuran a explicarlos afirmando que "nadie se defiende con total serenidad de las locas arremetidas de un enemigo sin entrañas". En todo caso, añaden, siempre serían mayores los cometidos por los "rojos".

La argumentación, muy discutible en toda hipótesis, es francamente inadmisibile en hombres de conciencia como los Obispos. ¿Es que por muchos que sean los crímenes de los “rojos” pueden quedar justificados los crímenes de los “biancos”? Y ¿por qué a los de éstos se les buscan tantas atenuantes, mientras que a los rojos se les llama fieras sin entrañas? Y ¿cómo conocen tan bien los crímenes que se han cometido en la zona gubernamental cuando ignoran los de su propia zona? ¿Es que no se han enterado de las matanzas de Badajoz y Málaga, de los fusilamientos de Sevilla y Valladolid, de la destrucción de Durango y Guernica? ¿Por qué no visitan las cárceles y hacen una encuesta entre los detenidos? ¿Es que pueden en conciencia afirmar que no ha habido millares y millares de fusilamientos sin proceso de ninguna clase? Y ¿cómo su conciencia no se revuelve indignada ante el hecho, que ellos mismos reconocen, de que “por error” se mate a hombres inocentes? ¿Es que pueden encontrarse a gusto en un régimen en que “la gente subalterna” mata porque sí a los ciudadanos? Y ¿qué orden es ese en el que los subalternos pueden disponer de la vida de los demás sin que inmediatamente sean castigados? ¿No les dice nada el pánico con que la población civil huye de los pueblos antes de que lleguen los moros y los legionarios? Y ¿no saben tampoco nada de los procedimientos—que el mismo Queipo de Llano ha proclamado en la radio de Sevilla— con que imponen el *orden* en la retaguardia?

8) Respondemos a un reparo que una revista extranjera concreta al hecho de los sacerdotes asesinados y que podría extenderse a todos los que constituyen este inmenso trastorno social que ha sufrido España. “*se refiere a la posibilidad de que, de no haberse producido el alzamiento, no se hubiera alterado la paz pública. A pesar de los desmanes de los rojos—leemos—queda en pie la verdad de que si Franco no se hubiera alzado, los centenares o millares de sacerdotes que han sido asesinados hubiesen conservado la vida y habrían continuado haciendo en las almas la obra de Dios*”.

¿Qué contestan los Obispos a este terrible reproche que les lanza el mundo civilizado? Porque es una verdad palmaria que antes de la rebelión militar fué respetada en absoluto la vida de todos los sacerdotes y que, si después fueron muertos, su muerte fué debida a que el pueblo, equivocadamente o con razón, los creía aliados y cómplices de los militares sublevados. Más aún, los días en que sucumbieron en Madrid mayor número de sacerdotes fueron justamente aquellos en que empezaron a conocerse las primeras manifestaciones de los Obispos en favor de los rebeldes.

Los Obispos vuelven de nuevo a refugiarse en el habitual argumento de que había un “minucioso proyecto de revolución marxista”, que es “cosa documentalmente probada”, pero del que no aducen prueba alguna, como no sean las palabras que dijo por radio un dirigente *anarquista*. La documentación tenía que ser así,



porque un año de guerra ha demostrado que, desgraciadamente, no había proyectos de ninguna clase y el Gobierno ha tenido que improvisarlo todo, desde el Ejército hasta los más humildes servicios de retaguardia. En los primeros días, el pueblo organizó su defensa como supo y pudo, y después los gobernantes han ido reorganizando con un esfuerzo titánico el resto de nación, que los militares sublevados habían colocado en trance de muerte.

¡Pobres Obispos españoles, empeñados en la triste tarea de justificar el régimen que sirven, sin darse cuenta de que su actitud los convierte en encubridores y cómplices de los crímenes que no se atreven ni a condenar ni a evitar!

LOS TEMORES DE LOS OBISPOS

Pese a su apasionada defensa, los Obispos están intranquilos. Se han ligado indisolublemente a la rebelión y miran con recelos el futuro. No es que les asusten las consecuencias que para el porvenir del catolicismo ha de tener su actitud partidista, ni el abismo que han abierto entre ellos y el pueblo, ni el abandono religioso en que se encuentran los fieles de las regiones gubernamentales, a los que sus Obispos se dirigen ahora por primera vez con una declaración de guerra al Gobierno bajo el cual viven estos fieles.

Su recelo nace de la suerte que pueda caberle a la Iglesia, aun en el caso de que la rebelión triunfe. *"Cuanto a lo futuro—confiesan*

—no podemos predecir lo que ocurrirá al final de la lucha". Es decir, que están haciendo correr a la Iglesia una aventura de la que podrá salir bien o mal librada. Y no ahuyenta sus temores la funesta influencia extranjera que pesa sobre los dirigentes de la rebelión. Sus palabras son tímidas, pero muy significativas. *"Confiamos—dicen—en la prudencia de los hombres de gobierno, que no querrán aceptar moldes extranjeros para la configuración del Estado español futuro".* ¿En qué apoyan su confianza? ¿No es ya sobradamente clara la influencia de alemanes e italianos? Y si hoy ya, en plena guerra, cuando tanto necesitan de la ayuda de la Iglesia, han fusilado sacerdotes, destruido iglesias y casi exterminado a un pueblo católico, como el vasco, porque no ha querido sumarse a la rebelión, ¿qué harán mañana, cuando puedan prescindir de aliados molestos? ¿No es suficientemente claro el caso de Alemania?

Por otra parte, entre los mismos españoles que toman parte activa en la rebelión encuentran los Obispos motivos de inquietud. *"La vida es más fuerte que los programas y un gobernante prudente no impondrá un programa que violente las fuerzas íntimas de la nación".* Hay, por lo tanto, un programa que las violenta, y como estas fuerzas íntimas, según los Obispos, son ante todo la religión y el sentimiento tradicional, hay un programa de uno de los partidos rebeldes que va contra la religión y la tradición. Ante este peligro cierto, los

Obispos no tienen más amparo que la *vida* y la *prudencia* de los gobernantes y apelan a ellas para que los requetés no sean aplastados por los falangistas. Los Obispos no ocultan sus simpatías por los primeros y escriben estas palabras en las que se trasluce una advertencia seria: "*Seríamos los primeros en lamentar que la autocracia irresponsable de un Parlamento fuese sustituida por la más terrible de una dictadura desarraigada de la nación. Abrigamos la esperanza legítima de que no será así... Sería un error quebrar la trayectoria espiritual del país, y no es de creer que se caiga en él*". ¿Conseguirán los Obispos con sus lamentaciones y sus esperanzas detener el violento empuje de los falangistas?

Por lo pronto, fuera de los partidos, el panorama que descubren los Obispos españoles no es nada halagüeño. "No queremos aventurar ningún presagio—dicen—. Nuestros males son gravísimos. La relajación de los vínculos sociales; las costumbres de una política corrompida; el desconocimiento de los deberes ciudadanos; la escasa formación de una conciencia íntegramente católica; la división espiritual en orden a la solución de nuestros grandes problemas nacionales; la eliminación por asesinato cruel de millares de hombres selectos llamados por su estado y formación a la obra de la reconstrucción nacional; los odios y la escasez que son secuelas de toda guerra civil; la ideología extranjera sobre el Estado, que tiende a descuajarle de la idea y de las influencias cristianas, serán

dificultad enorme para hacer una España nueva, injertada en el tronco de nuestra historia y vivificada por su savia".

He aquí, pues, la confesión de que aun en el caso problemático de una victoria de los suyos, los Obispos no están seguros de que se realizarán sus deseos. Se han metido en la lucha sin la elemental seguridad de que la Iglesia será respetada. Desde ahora tienen ya que suplicar, esperar, amenazar, para que el eventual triunfo no se vuelva contra ellos. Todos sus juicios los emiten con un gran temor de equivocarse. En eso, por lo menos, son discretos. Pero—y esta es la gran consecuencia que nos importa destacar—cuando se formula un juicio con toda clase de reservas porque se corre el riesgo de equivocarse, en realidad no se hace más que lanzar *una opinión*. Y si los Obispos *opinan* en una materia, que, si no hubiera otras razones, por este solo hecho sería ya *opinable*, su opinión no obliga a los católicos, que quedan en plena libertad para tener una opinión distinta de la de sus Obispos. Más aun: puesto que tan sólo opinan, no están ejerciendo su magisterio y, por tanto, no hablan como Obispos. En rigor, la carta no es de los Obispos españoles, sino de unos señores que se llaman Isidro, Eustaquio, Prudencio... que da la casualidad de que son Obispos de España. Triste casualidad, porque sin ser tan decisiva que prive a los fieles de su libertad, es lo bastante poderosa para

comprometer a la Iglesia, haciéndola, en sus genuinos representantes, enemiga del pueblo y partidaria de los militares rebeldes.

LAS RECTIFICACIONES DE LOS OBISPOS

Como hablan de lo que no aciertan a ver claramente, no es nada raro que se equivoquen y se vean obligados a rectificar. No una, sino varias rectificaciones hacen ya al famoso escrito que publicó el Cardenal Gomá, con el título de "El caso de España". En él hacía el Cardenal de Toledo estas tajantes afirmaciones: "en el fondo se debe reconocer en ella (en la guerra), el espíritu de una verdadera cruzada por la religión católica". "Quitad la fuerza del sentimiento religioso y la guerra actual no tiene nervio". "La guerra estaría perdida para los rebeldes sin el estímulo divino que ha hecho vibrar el alma del pueblo cristiano enrolado en la guerra".

Ahora, en el escrito, que firma el primero el mismo Cardenal Gomá, rectifica abiertamente y reconoce que ni se trata de una cruzada ni la Iglesia quiere la guerra. Sus palabras son: "La Iglesia, aun siendo hija del Príncipe de la paz, bendice los emblemas de la guerra, ha fundado las Ordenes militares y ha organizado cruzadas contra los enemigos de la fe. *No es este nuestro caso.* La Iglesia no ha querido esta guerra, ni la buscó". Todavía habría que añadir para que la verdad no resultara mutilada,

que la Iglesia ni la ha querido antes, ni la quiere ahora, ni la buscó antes, ni la sostiene ahora. Porque esa es la auténtica posición de la Iglesia, aunque no la compartan los Obispos españoles. Precisamente porque no lo proclaman sin embozos les resultará tan difícil probar que "falsa la realidad quien la acuse de haber provocado esta guerra o de haber conspirado para ella y aun de no haber hecho cuanto en su mano estuvo para evitarla". ¿Cómo van a convencer a nadie cuando su misma carta es uno de los mayores actos de beligerancia de la presente guerra? Pero no está mal que rectifiquen. Eso demuestra una inquietud de conciencia que quizá mañana les lleve a nuevas rectificaciones.

También rectifican el número de sacerdotes víctimas de la revolución. Se dijo en un principio que habían sido 16.000. Aseguró después el Cardenal Gomá en unas declaraciones que dieron la vuelta al mundo entero, que habían sido más de 10.000 y ahora afirman, sin atreverse a dar la cifra como exacta, que serán unos 6.000. ¿Es esto serio? ¿No habría que tener más respeto para la sangre derramada y no traerla y llevarla como argumento político?

Hay también una leve rectificación en la actitud de los Obispos respecto al legítimo Gobierno. Ahora ya reconocen que se esfuerza en imponer el orden y la seguridad. "El bando contrario—dicen—*a pesar de todos los esfuerzos de sus hombres de Gobierno,* no ofrece garantías de estabilidad política y social". La rec-

tificación sería mucho más completa si los Obispos pensaran que el principal obstáculo para que tengan plena eficacia esos esfuerzos del Gobierno es precisamente la rebelión militar que ellos fomentan.

¿Se acabarán aquí las rectificaciones? ¿No tendrán que escribir dentro de seis meses una nueva carta en la que rectifiquen algunas de las afirmaciones que ahora hacen? Porque están en una pendiente inclinada que les hace ir mucho más lejos de lo que ellos piensan. Así, casi a renglón seguido de haber escrito: "por la natural exigencia de la defensa y por consideraciones de carácter internacional, *han venido en ayuda de la España tradicional armas y hombres de otros países extranjeros*", añaden: "el movimiento nacional ha determinado una corriente de amor que se ha concentrado alrededor del nombre y de la sustancia histórica de España, *con aversión de los elementos forasteros que nos acarrearón la ruina*". ¿No se pecatarán mañana de que esos elementos forasteros que los arruinan son los mismos que han venido en ayuda de la España tradicional?

Y en otro orden de cosas, ¿es que realmente se ha producido "en el alma nacional una reacción de tipo religioso, correspondiente a la acción nihilista y destructora de los sin Dios"? Porque, ¿qué tienen que ver con la religión la exhibición, el fanatismo, el boato oficial, la agresividad con que en la zona de los rebeldes se practica el culto? ¿Es religión obligar a los presos a que comulguen, llevar grandes cris-

tos entre cartucheras y pistolas, beatificar al general Mola exterminador de los vascos, llenar los pechos de los moros de escapularios y medallas, entrelazar en las postales la Virgen del Pilar con el general Franco y convertir las obligaciones religiosas en meros deberes políticos?

Quizá mañana no piensen los obispos como hoy, que han visto "una explosión de verdadera caridad que ha tenido su expresión máxima en la sangre de millares de españoles, que la han dado al grito de "Viva España", "Viva Cristo Rey"; porque esa sangre pertenecía en muchos casos a militares que, faltando a su palabra de honor, se habían sublevado contra su legítimo Gobierno, y morían empuñando las armas con que habían matado a hermanos suyos. ¡Explosión de caridad la traición y el asesinato! Una nueva rectificación que tendrá que venir.

Como tampoco podrán sostener mañana la primera de las conclusiones de su carta: "La Iglesia —escriben— a pesar de su espíritu de paz y de no haber querido la guerra, ni haber colaborado en ella, *no podía ser indiferente en la lucha*, sino que tenía que desear "el triunfo del movimiento nacional". La Iglesia no podía ser indiferente en la lucha, porque tenía que haberse sentido desgarrada y herida por la guerra que se hacían sus hijos, porque tenía que haber comprendido que sus negligencias y debilidades pasadas eran una de las causas de la guerra presente; porque su espíritu de cari-

dad y de sacrificio le había de llevar a interponerse entre los combatientes para evitar la muerte de tantos hijos suyos y la destrucción de la patria; porque debía mantenerse siempre fiel a su doctrina y sometida al poder legítimo aunque la persiguiera y la martirizara; porque había llegado el gran momento de recristianizar al pueblo viviendo y muriendo con él cuando era asesinado por militares y moros, italianos y alemanes. No, la Iglesia no podía ser indiferente en la lucha sin negarse a sí misma; pero al salir de su indiferencia se sumó a la rebelión, siendo el primer caso que registra la historia del cristianismo y un escándalo que todas las rectificaciones de los obispos no podrán ya disipar.

LA DOCTRINA DE LOS OBISPOS

No todo lo que dicen los obispos está sujeto a rectificación. A veces consiguen superar la pasión partidista y entonces repiten la doctrina auténtica de la Iglesia. En su carta hay enseñanzas tan categóricas como esta:

“Conste antes que todo, ya que la guerra pudo preverse desde que se atacó ruda e inconsideradamente al espíritu nacional, que el Episcopado español ha dado, desde el año 1931, altísimos ejemplos de prudencia apostólica y ciudadana. *Ajustándose a la tradición y siguiendo las normas de la Santa Sede, se puso resueltamente al lado de los poderes constituidos, con los que se esforzó en colaborar para el bien común. Y a pesar de los repetidos agra-*

vios a personas, cosas y derechos de la Iglesia, no rompió su propósito de no alterar el régimen de tiempo atrás establecido: “*etiam dyscolis*”. A los vejámenes respondimos siempre con el ejemplo de la sumisión leal en lo que podíamos; con la protesta grave, razonada y apostólica cuando debíamos; *con la exhortación sincera que hicimos reiteradamente a nuestro pueblo católico a la sumisión legítima, a la oración, a la paciencia y a la paz.* Y el pueblo católico nos secundó, siendo nuestra intervención valioso factor de concordia nacional en momentos de honda conmoción social y política”.

Y porque, efectivamente, fué esto lo que nos enseñaron, hubo muchos católicos que hicieron de la sumisión a los poderes legítimos la clave de su conducta política; por eso fué aún mayor su asombro al estallar la rebelión y comprobar que políticamente estaban contra sus obispos, a pesar de que seguían fieles a lo que ellos les habían enseñado. ¿Por qué la doctrina que “se ajusta a la tradición de la Iglesia y a las normas de la Santa Sede” fué olvidada por los obispos en un momento determinado? ¿Por qué dejaron de ser, cuando más falta hacía, un factor de concordia nacional y se aliaron con los militares rebeldes? ¿Cuál hubiera sido el porvenir del catolicismo en España y aun la suerte de tantos sacerdotes muertos, si los obispos, en vez de proclamar la guerra santa, siguen exhortando a “la sumisión legítima, a la oración, a la paciencia y a la paz”?

Ellos mismos reconocen que este era su deber. "Al estallar la guerra—declaran—hemos lamentado el doloroso hecho más que nadie, porque ella es siempre un mal gravísimo que muchas veces no compensan bienes problemáticos, y porque nuestra misión es de reconciliación y de paz: *et in terra pax*. Desde sus comienzos hemos tenido las manos levantadas al cielo para que cese. Y en estos momentos repetimos las palabras de Pío XI, cuando el recelo mutuo de las grandes potencias iba a desencadenar otra guerra sobre Europa: "Nos invocamos la paz, bendecimos la paz, rogamos por la paz. Dios nos es testigo de los esfuerzos que hemos hecho para aminorar los estragos que siempre son su cortejo. Con nuestros votos de paz juntamos nuestro perdón generoso para nuestros perseguidores y nuestros sentimientos de caridad para todos. Y decimos sobre los campos de batalla a nuestros hijos de uno y otro bando la palabra del apóstol: "El Señor sabe cuánto os amamos a todos en las entrañas de Jesucristo."

Pues si tanto quieren la paz, ¿por qué hacen la guerra? Y, ¿por qué cuando estalló la rebelión, no la condenaron y trataron de sofocarla en vez de alentarla y bendecirla? Y, ¿por qué ahora en vez de hacer un llamamiento por la paz, hacen un acto de beligerancia, defendiendo desesperadamente al rebelde Franco? ¿Qué iniciativas han tenido en favor de la paz o qué sacrificios están dispuestos a hacer para alcanzarla? Y si es verdad que aman a todos, ¿por

qué obran como si odiaran a los de un bando? ¿Por qué no se esfuerzan en comprenderlos, en hacerles justicia, en evitarles los males gravísimos que se derivan de la guerra? Y en estos mismos momentos en que el Gobierno de Valencia entra decididamente en el camino de la libertad de cultos y autoriza a los sacerdotes a celebrarlos, ¿por qué responden a este intento de pacificación religiosa con esta carta agresiva?

"Dios sabe que amamos las entrañas de Cristo—declaran—y perdonamos de todo corazón a cuantos, sin saber lo que hacían, han inferido daño gravísimo a la religión y a la patria. Invocamos ante Dios y en favor de ellos los méritos de nuestros mártires... Rogad—les piden a los obispos del mundo entero—que en nuestro país se extingan los odios, se acerquen las almas y volvamos a ser todos uno en el vínculo de la caridad". Pero, ¿no sería mucho mejor que empezaran ellos mismos por hacer algo de lo que les piden a los obispos extranjeros? Si todos son hijos suyos, ¿por qué no tienen una palabra piadosa para los que han muerto del otro bando en los campos de batalla, defendiendo lo que ellos creen una causa justa? Y si se acuerdan de sus mártires, ¿por qué no dedican un recuerdo a los millares de obreros asesinados en la retaguardia por sus aliados? Y si quieren que desaparezcan los odios, ¿por qué no empiezan por limpiarse del que en su carta rebosa para los gubernamentales? Si buscan que las almas se acerquen, ¿por qué no ha-

cen un intento de aproximación invocando la caridad cristiana en favor de los huérfanos inocentes que la rebelión militar ha dejado sin hogar y confiados a la generosidad extranjera? ¡Ah, si los obispos españoles sintieran hondamente eso mismo que dicen!

EL TESTIMONIO DE LOS OBISPOS

Pero parece que les preocupa mucho más que no se hayan “comprendido nuestros sufrimientos”. “*No se nos ha hecho siquiera el honor de considerarnos víctimas*”. Y para que como tales les considere el mundo, dan su testimonio, que ya por este solo hecho sería sospechoso. Van, no a exponer lisa y llanamente la verdad, sino a abogar por su causa personal.

El testimonio con que tratan de defenderla versa sobre dos puntos: los antecedentes de la guerra y los caracteres que ésta presenta del uno y del otro lado. Para los obispos los antecedentes de la guerra son: 1) la legislación laica de la República; 2) los desmanes cometidos en mayo del 31, en octubre del 34 y de febrero a julio del 36; 3) el falseamiento del resultado de las elecciones de febrero que dieron el triunfo al Frente Popular; y 4) la influencia de Rusia.

Para los obispos no han tenido, por lo visto, ninguna influencia, ni en la génesis de la guerra ni en su desarrollo, hechos tan significativos como éstos: primero, el odio entraña-

ble que profesaban al régimen republicano capitalistas, aristócratas, militares, terratenientes y ellos mismos, secundados por gran parte del clero y la casi totalidad de las Ordenes religiosas; segundo, la represión de la revolución de Asturias, en la que no solamente fueron fusilados sin procedimientos judiciales de ninguna clase millares de obreros, sino que en toda España, como represalias, se condenaron al paro fozoso y al hambre grandes núcleos de la población obrera; tercero, la desatentada política de derechas del bienio Lerroux-Gil Robles, en el que, a la vez que se derogaban casi todas las reformas sociales que había hecho la República, se dieron los mayores casos de inmoralidad pública que registra la vida española; cuarto, la intervención directa y activa de la Iglesia en la política, con motivo de las elecciones de febrero (como prueba de ella, tan sólo estos dos hechos: casi todos los obispos publicaron pastorales contra el Frente Popular; hasta las religiosas de clausura fueron sacadas de sus conventos para que votaran contra el Frente Popular); quinto, la actitud francamente subversiva de los falangistas, que organizaron motines, atentados, huelgas, refriegas... y se dispusieron a conseguir por la fuerza lo que les había negado la voluntad popular; sexto, la legítima aspiración de la clase obrera de ocupar en la dirección política y social de la nación el puesto a que tiene derecho por su número, por su capacidad y por su aportación al bien común; séptimo, el abandono, la trai-

ción, la cobardía, la negligencia de las clases directoras, preocupadas tan sólo de conservar sus privilegios y dispuestas siempre a oponerse por todos los medios a su alcance a la emancipación económica y política del pueblo. La sociedad española estaba francamente desorganizada y la República cambió el régimen político sin modificar a fondo la organización podrida que había bajo él.

A estas causas podrían añadirse otras muchas, porque los orígenes de la guerra son mucho más complejos de lo que creen los obispos españoles. Pero ateniéndonos a lo que ellos dicen, hay que hacer constar: primero, que la legislación laica de la República, en gran parte perfectamente admisible desde el punto de vista católico, puesto que es la misma que está en vigor en muchos países con relaciones amistosas con la Santa Sede, jamás fué aplicada en España, donde el culto se celebraba con toda libertad y hasta la enseñanza de las Ordenes religiosas proseguía sin más que ligeras modificaciones de pura fórmula; segundo, que los incendios de iglesias de mayo del 31 fueron la reacción del pueblo contra la pastoral monárquica del cardenal Segura y duraron tan sólo dos o tres días, sin que se hiciera daño a persona alguna; la revolución de Asturias fué un juego de niños en comparación con la feroz represión que de ella hizo el Gobierno de derechas; y los disturbios de febrero a julio de 1936 son, aun admitiendo las cifras que dan los obispos, incomparablemente menos sangrientos que

un solo día de guerra, y ya llevamos de ella más de un año; tercero, que el resultado de las elecciones fué libremente discutido en el Parlamento, en el que había unos doscientos diputados de derechas, y a ninguno de ellos se le ocurrió recusar al Gobierno como ilegítimo, sino que todos lo reconocieron como órgano auténtico del Poder público; cuarto, que para probar la influencia rusa en los orígenes de la guerra hace falta algo más que decir que "*a raíz del triunfo del Frente Popular, el Komintern ruso decretaba la revolución española y la financiaba con exorbitantes cantidades*". No conocemos las actividades del Komintern; pero es bien claro que precisamente a raíz del triunfo del Frente Popular, que le daba el Poder, era cuando menos oportuna parecía una revolución. Además, la misma táctica de creación del Frente Popular, ¿no implica renunciar a la revolución y obtener dentro de la ley los medios de continuar la propaganda e influir en la legislación?

Es pena que cuando los obispos se ponen a testificar sobre hechos se fíen de informaciones tendenciosas, partidistas, anecdóticas, que por lo menos desfiguran la verdad, ocultando cuidadosamente lo que no les conviene. Y lo mismo sucede en el testimonio que dan sobre los caracteres de la guerra. Dicen los obispos que, por parte de los gubernamentales, es "excepcional en la historia", "una hecatombe premeditada", "cruelísima", "inhumana", "bárbara", "contra el derecho de gentes", "antiespa-

ñola" y "antihumana". En cambio, de la rebelión militar afirman que es "un movimiento nacional", que "ha fortalecido el sentido de la patria", "ha garantizado el orden"; y, no atreviéndose ya a llamarlo cristiano—al movimiento—dicen que dentro de él "se ha producido el fenómeno maravilloso del martirio".

Si fuera menos ciega la pasión partidista de los obispos verían que casi todos sus epítetos son perfectamente transferibles del uno al otro bando. Bárbara, antihumana, anticristiana, antiespañola, cruelísima y excepcional en la historia es la manera como los militares están haciendo la guerra e imponiendo el orden, ese famoso orden, en la retaguardia. Algo de ello conocen los obispos, puesto que escriben palabras como éstas: "*En Mallorca han muerto impenitentes sólo un dos por ciento de los comunistas fusilados; en las regiones del Sur no más de un veinte por ciento, y en las del Norte no llegan tal vez al diez por ciento*". ¿Por qué no son más explícitos los obispos en este punto tan significativo? ¿Por qué no dan cifras absolutas en vez de limitarse a ese porcentaje? ¿Por qué murieron en la retaguardia todos esos hombres? ¿Cuál fué su crimen y cuál el tribunal que los condenó? ¿Por qué no dicen que se les perdonaría la vida si se confesaban? ¡Lástima grande que los obispos no puedan o no quieran completar su testimonio! Porque de todo esto podían dar datos precisos. En cambio, ignoran por completo los daños que los militares han

hecho en la otra zona y no saben que su "movimiento nacional" ha destrozado casi por completo a la nación, que los que "fortalecen el sentido de la patria" han utilizado tropas marroquíes y aviones italianos y alemanes para que se despierte en el pueblo con más fuerza que nunca el sentimiento de la independencia nacional, y que si hay mártires de una parte—cuestión muy dudosa que habría que probar—, por la otra hay millares de héroes que sacrifican su vida por la libertad y la independencia de la patria.

En vez de informarse seriamente, los obispos prefieren dar como buenos los informes de la propaganda facciosa e incurren en falsedades manifiestas, como la de decir que "*las famosas colecciones de arte de la Catedral de Toledo, del Palacio de Liria y del Museo del Prado han sido torpemente expoliadas*", cuando ha sido la admiración de propios y extraños el cuidado, el mimo con que, aun en los días de mayor exaltación revolucionaria, el pueblo de Madrid veló por los tesoros artísticos del Palacio de Liria y del Museo del Prado, en los que no ha habido más destrozos que los causados por los aviones rebeldes, ya bien avanzada la guerra.

Da indignación y pena ver a los obispos por este camino, que es impropio de ellos. La cuestión se les plantea en otro terreno. ¿Es lícita o no la rebelión contra el Poder legítimo? ¿Pueden los católicos permanecer junto a su pueblo, fieles al Gobierno, o deben sumarse a la rebel-

día? ¿Pueden defender su libertad y su independencia, o tienen que someterse a la opresión y a la invasión extranjeras? ¿Pueden en conciencia legitimarse la traición de los generales, su empeño en sustituir la fuerza por el derecho y los horrores que su rebelión ha causado? ¿Es de paz o de guerra la misión de la Iglesia? ¿Qué es preferible, el martirio o el empleo de la violencia? ¿Es el cristianismo odio o amor? ¿A los extraviados hay que convencerlos o exterminarlos? ¿Son los obispos los representantes de Cristo o los propagandistas de Franco?

Ante el mundo, que ya los ha juzgado, los obispos españoles alzan de nuevo su voz belicosa. Que Dios se apiade de la Iglesia española.

* * *

Posteriormente se ha conocido la carta que el doctor Gomá ha enviado a los Obispos para que firmasen el documento. En ella se declara que la iniciativa de la carta colectiva ha sido del rebelde Franco. No se trata, pues, de una acción espontánea de los Prelados, sino de una maniobra política de gran vuelo tramada en Salamanca en vista del movimiento adverso de una parte considerable del catolicismo mundial. Toda la argumentación, ya de por sí endeble, del documento, cae por su base si se considera su turbio origen.

He aquí la significativa epístola que revela en este aspecto los manejos de la rebelión:

EL CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO

Pamplona, 7 de junio de 1937.

Excelencia y amigo:

El 15 de mayo escribí a los reverendos Metropolitanos para ponerles al corriente de una indicación que había recibido pocos días antes del jefe del Estado y pedirles su opinión sobre la conveniencia de secundarla. La respuesta ha sido afirmativa. Esta indicación ha dado lugar a la redacción de un proyecto de carta colectiva del Episcopado español a los Obispos del mundo entero, de la cual tengo el honor de remitiros un ejemplar en pruebas de imprenta y cuyo objeto es, secundando esa alta iniciativa, dar, de una manera autorizada, nuestra impresión sobre el movimiento nacional, y especialmente reprimir y contrarrestar las opiniones y las propagandas adversas que, hasta en un gran sector de la prensa católica, han contribuido a formar en el extranjero una atmósfera totalmente adversa que ha repercutido en los círculos políticos y diplomáticos que dirigen el movimiento internacional.

V. E. comprenderá que el documento es grave y que encierra una responsabilidad no pequeña para el Episcopado español. He dado conocimiento del proyecto a la Santa Sede. También me permito rogaros que lo leáis con atención y me respondáis lo antes posible a los siguientes puntos:

1) ¿Responde el documento, en su fondo y en su forma a las intenciones indicadas más arriba y a las exigencias de un documento que firma todo el Episcopado?

2) ¿Creéis que se deben introducir en él modificaciones importante, y cuáles? No interesan las de detalle y estilo.

3) En el caso de que el escrito mereciese vuestra aprobación, ¿creéis oportuno que se dirija solamente a los Obispos extranjeros, debidamente traducido, o conviene que se le dé una publicidad más amplia?

Podéis dar vuestra respuesta brevemente indicando sólo los números 1, 2, 3, para evitar el peligro de que se pierda. El documento sería firmado por todos.

Merced a una información copiosa que tengo del extranjero, puedo aseguraros que, especialmente en Inglaterra, Francia y Bélgica, predomina, hasta en los católicos, un criterio contrario al movimiento nacional, y que, aun en los medios que nos son muy favorables, se cree necesaria la terminación de la guerra por medio de un acuerdo entre las partes beligerantes.

Aprovecho la ocasión para deciros que el módulo de los informes diocesanos relativos a los excesos de la revolución, de los que tendré el gusto de enviaros en breve algunos ejemplares, ha sido aprobado por la Secretaría de Estado.

En esta ocasión me es agradable reiterarme muy afectuoso amigo y hermano de V. E.,

I. CARDENAL GOMA

ANY 1977

NR 2236

BIBLIOTECA
DE
MONTSERRAT

Secció 11

Format 12º

Número 30

Fa